

brones, de efectismos. Simplemente engarzaba las palabras para una estética limpia y fácil que sólo logran quienes no olvidan que las frases tienen sus propias trampas.

Tímido hasta la humildad y humilde hasta la exageración, ambas cosas fueron más que el sincretismo de su única religión: la inocencia. Haber recorrido lo que valía la pena leerse, no comprometieron nunca esa inocencia que se delataba en esos ojos verdes y mansos. Como ya no hay inocencia puede decirse, sin exceso alguno, que Germán fue el último.

En marzo pasado, siete días después de los idus, apenas unas horas después del inicio de Aries, festejamos juntos lo que, ahora lo sabemos, sería su último cumpleaños. Nos volamos a media noche de un coctel para refugiarnos en eso que Enrique Santos Calderón gusta llamar "nuestra plaza Garibaldi". Allí, en una mesa virtualmente dispuesta en la mitad de la calle,



saludamos con guacharacas, acordeones y cajas, el regreso del sol.

Tuve el inmenso privilegio de ser su amigo. El hecho de que fuésemos tan distintos fue el pretexto para que comprendiera, con una generosidad casi piadosa, mis precipitadas ansiedades. Nunca olvidaré que se ofreció voluntariamente cuando cometí la estupidez de aceptar una oferta para encabezar una lista al concejo de Barranquilla, para ser el segundo de esa lista. Hasta me acompañó a las barriadas en desarrollo a aquella aventura disparatada muy a pesar de que detestaba la política y desconfiaba de quienes la hacían. Era lo más lejos de

un cortesano y jamás lo impresionaron los príncipes. Antes que comenzaran los escrutinios mi cadáver político no estaba en Puerto Mocho, un lugar cercano a Bocas de Ceniza a donde la imaginería popular cree que van a dar los "entarullados" de la jornada, sino en el mismo Golfo de Méjico. Fue él quien me convenció de que no habría podido pasar nada mejor.

Un reciente, sofisticado y minucioso examen médico había comprobado que seguía teniendo una salud a toda prueba. Menos, claro está, para la prueba de la muerte arterial. Para morir, ya se sabe, sólo hace falta no haber muerto antes. Por eso puede decirse, a pesar de más de siete décadas vividas a plenitud, que su muerte fue precoz. Nada hacía verosímil que algo así fuera inminente. Ni los pulmones limpios a pesar de medio siglo de kilómetros de "pielroja".

Se fue de la vida un hombre de verdad bueno, de esos que ya no hay. Cada vez que eso ocurre habrá que lamentarlo. No sólo por la amistad y el dolor, sino por la vida toda que a veces se empeña en parecer una partera de mediocridades repetidas.

...

ARMANDO BENEDETTI JIMENO

(Tomado de: El Tiempo (Bogotá), mayo 25 de 1991, pág. 5A).

GERMAN VARGAS, VENTANA AL MAR

Estoy por creer que se murió de súbito, sin avisar, como algún personaje de sus novelas preferidas, con la sola intención de saber de veras si era cierto el cielo.

Porque ese sentido de la utopía, de las grandes quimeras, hacen al mejor hombre un pasajero de la dicha de llevar consigo mismo el paraíso y le otorga el milagro de conversar con todas las cosas que le rodean, a ese enigma bello, sugerente, sin tiempo, que es el universo. Uno se asombra cada día de la obstinación de ese mago clandestino e invisible, que es el universo, siempre dándole cuerda a los amaneceres, siempre con la misma



intensidad, siempre con el mismo hechizo de no parar.

Lo grande y ejemplar es este hombre, según la visión de un amigo, es haber seguido siendo él mismo desde siempre, con la misma transparencia y la misma dulzura de vivir, leer y conversar. Con los días, el personaje que intenta incendiar un burdel de las eternas muchachitas que se acostaban por hambre para demostrar en verdad que el burdel era una invención de los amigos, terminó por ser el mismo hombre de todas las mañanas escribiendo *Un día más* y una *Ventana al mar*, en El Heraldó. Nunca pretendió ser algo más que un amigo imprescindible, leal, de sus amigos de siempre, de los de antes y los de ahora, y por eso las columnas en el periódico no eran otra cosa que una manera sencilla y eficaz de acompañar una fecundidad creadora, una ebullición constante de las letras y el pensamiento, que hacen de este país una de las potencias culturales de América Latina, a pesar de sus guerras bizantinas, de su permanente e inútil culto a la muerte. Pero eso no va a parar como la fuerza fantástica con que se generan los amaneceres. Es el verdadero ímpetu metafísico de soñar y crear, y el deseo irremediable de responder con actos y augurios felices, la tercera y cuarta preguntas kantianas: ¿Qué me es permitido esperar? ¿Qué es el hombre? Y una segunda e inminente pregunta para los tiempos que vivimos: ¿Qué debo hacer?

Este hombre de ojos verdes, de un verde 'luciferino', devorador de todos los libros, de los aprendices y los consagrados, el mismo que en una semana



se despachaba a todo Proust, según la versión de su amigo Alfonso Fuenmayor, era ante todo un hombre caribe con vocación de universo, con una paciencia sobrenatural, de abuelo dulcificado e intemporal, para atender a cualquier ser humano y para acompañar la vocación naciente y demoníaca de la escritura.

Lo más bello de eso que se llamó el Grupo de Barranquilla, y que ni fue otra cosa distinta a un imperio ejemplar de la amistad entre creadores: novelistas y pintores, poetas y cineastas, fabuladores, en suma, seres imaginantes, es que a pesar del tiempo, a pesar de ese riesgo de convertirnos en una cifra petrificada, el grupo fue una lección de modernidad y autenticidad, de desmitificación y hambre de crear. Crónica el semanario del grupo, una publicación sabatina de carácter deportivo-literario que según Germán Vargas, "repartíamos de tienda en tienda y cuyo producido, que desde luego era ínfimo, recogíamos también de tienda en tienda en especies bebibles", era otro ejemplo de cómo el periodismo se debe asumir como género literario, con una visión universal de lo regional. El jefe de redacción de Crónica era Gabriel García Márquez, y Germán Vargas estaba en el comité de redacción.

No solamente fue la literatura "el mejor juguete que se había inventado para burlarse de la gente", en el caso específico de Cepeda Samudio, sino que en el caso de Gabo y el de Germán como lector y crítico fue, esencialmente, una forma suprema del destino. Ya no había ningún acto de la vida por muy simple que fuera que no tuviera que ver con la literatura, inclu-

sive, la vida misma fue un modelo, una pieza de transmutación poética, para hacerla más bella y para que la escritura contribuyera en ese mismo destino del mar y la belleza.

El verdadero ejemplo de ese grupo, no es otro que el haber convertido la amistad en una forma necesaria y suprema del arte. Para eso se inventaron las columnas de los periódicos: para acompañar la gestación de una obra, para descubrir y para convocar, para interpretar y traducir la realidad. Para eso mismo se inventaron los medios de comunicación: para que el ser humano sintiera y supiera que no estaba solo, que las palabras y las ideas pueden ponerse al servicio de su salvación. Y para que las imágenes y la transmutación de esa realidad, lo llevaran a otro estado, más puro y bello, más noble y sensible: el de la poesía, la última conquista humana a través de la palabra.

Con Germán Vargas, Colombia no solamente tuvo un día más para la belleza, *una ventana al mar* de las ideas y el humanismo, sino que tuvo a un gran hombre, un tratado de humildad y de ternura.

GUSTAVO TATIS GUERRA

(Tomado de: El Espectador: Magazin Dominical (Bogotá), núm. 428, julio 7 de 1991, pág. 1).

TODOS ESTABAMOS A LA ESPERA

"Este libro de cuentos de Alvaro Cepeda Samudio se publica, en realidad, con un retraso de unos cuantos años; no muchos, ciertamente. Y no ha debido ser, si a Alvaro se le pudiera pedir un orden lógico, el primero de sus libros. Antes, debió editar sus poemas.

Y es que Cepeda Samudio, es como podrá apreciarlo quien lea estos cuentos, un poeta, que es una de las mejores maneras de ser algo: un cuentista, un novelista, por ejemplo. Y es también —condición básica para quien escribe literatura de ficción y realidad— un periodista. Como los son sus grandes maestros los cuentistas y novelistas norteamericanos. Y algunos de

nuestra América, como Julio Cortázar y Felisberto Hernández.

Con Alvaro Cepeda Samudio, como con Gabriel García Márquez, está surgiendo en Colombia, donde todavía se suscitan pintorescos debates sobre nacionalismo literario, el cuento con sentido universalista, que se sale del estrecho marco parroquial. No por el simple hecho de que algunos de sus personajes tengan nombres extranjeros sino porque son gentes a quienes el autor ha conocido y cuyos hechos ha sabido trasladar a sus cuentos admirablemente.

Entre los que se incluyen en este volumen hay cuentos que podrían clasificarse, con fácil desviación crítica, como simples alardes de técnica; para ello se citarían algunos nombres: *Joyce*, *Dos Passos*, *el Hemingway de los asesinos*, tales por ejemplo, *Jumper Jigger*, *Tap-Room*, *Vamor a matar los gaticos* como una corriente subterránea, habría que captar el suave tono lírico, el aún esperanzado clima de soledad. *Hay que buscar a Regina* es toda una lección para quienes se presumen depositarios exclusivos del mal llamado cuento terrígena.

Un cuento para Saroyan, *El piano blanco*, *Nuevo intimismo*, integran tres pruebas más del dominio que sabe utilizar Alvaro Cepeda Samudio para lograr este prodigioso equilibrio entre ficción y realidad que es común a todos sus cuentos.

Pero donde está Alvaro Cepeda Samudio de manera más total es quizás en *Hoy decidí vestirme de payaso* y, especialmente, en *Todos estábamos a la espera* que es, para mi gusto per-

